

## 017. En las alturas de la Divinidad

Cuando hablamos de la Gracia de Dios, estamos hablando de un Dios que se da a nosotros para hacernos una cosa con Él. Porque esto es la Gracia: Dios que se da al hombre para hacer del hombre Dios, como dice triunfalmente el apóstol San Pedro:

- *Habéis sido hechos partícipes de la naturaleza divina* (2Pedro 1,4)

Con otras palabras: Dios nos ha metido dentro de Él para hacernos Dios.

Pero, cabe preguntar: ¿no hay algún momento en nuestra vida cristiana en que esta unión llegue hasta lo sumo, hasta el no más allá, hasta lo indecible?... Ciertamente, que sí. ¿Cómo y cuándo?... Esta unión con Dios se da en la Comunión, cuando recibimos al Señor.

Si nos volvemos ahora hacia el paraíso, habremos de decir que el demonio se las pasó de listo o de tonto, como queramos, cuando les dijo a Adán y Eva:

- *Seréis como dioses.*

Porque Dios era capaz de hacer eso, de convertirnos en Dios, pero de una manera muy diferente a la que el demonio pensaba y quería. No desobedeciendo a Dios, que prohibía:

- *No comáis del fruto del árbol.*

Sino obedeciendo al Señor, que nos manda:

- *Tomad y comed.*

¿Comer el qué? No un fruto envenenado, sino el Cuerpo bendito de Jesús.

El Catecismo de la Iglesia Católica (1391) nos lo dice de manera terminante:

- *La Comunión acrecienta nuestra unión con Cristo. Recibir la Eucaristía en la Comunión da como fruto principal la unión íntima con Cristo Jesús.*

Meter en nosotros a Jesucristo en toda la realidad de su Persona —con su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad—, hace que la vida de Dios nos invada por completo. Podríamos decir que desaparecemos nosotros para que en nosotros sólo viva Dios. Jesucristo nos lleva al Padre en el Espíritu Santo, y, metidos en Dios, somos como una gotita caída en el mar, donde desaparece confundida con el agua del océano inmenso.

No son éstas unas maneras de hablar nuestras. Todo está en la Palabra de Dios. El capítulo sexto del Evangelio de San Juan, cuando Jesús promete darnos su Cuerpo y su Sangre como comida y bebida, nos habla de ese gran efecto de la Comunión:

- *Quien come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él.*

Y explica bien claro su pensamiento:

- *Porque así como el Padre tiene la vida, y yo vivo por el Padre, así el que me come vivirá por mí.*

Que es como si dijera:

- *El Padre es la fuente de toda la vida en Dios. Yo tengo la misma vida del Padre, que me la comunica al engendrarme. Esa mi vida divina ha pasado entera a mi naturaleza humana, a mi cuerpo y a mi alma, hechos un solo Dios con el Hijo de Dios. Y esa mi vida yo la paso entera al que me come en la Comunión.*

¿Que esto es decir demasiado? ¿Que Jesucristo y nosotros nos hacemos uno solo? ¿Que no se entiende semejante grandeza?... Todo lo que queramos. Ésta es la palabra de Dios, bien explicitada por el mismo Jesús.

Una comparación nos dice lo que sucede entre Cristo y nosotros por la Comunión. El cobre y el estaño son dos metales diferentes. Pero, si los fundimos en una aleación, se forma una pieza de bronce irrompible, en la que es imposible distinguir dónde queda el cobre y dónde el estaño. Ahí están los dos, pero ya no queda sino un solo cuerpo solidísimo.

Más que en ningún otro Sacramento, Cristo se ha volcado sobre nosotros, se ha metido de lleno en nosotros al recibir la Comunión, y de Él y nosotros no ha hecho más que un Cristo único, con toda la vida de Dios dentro de nuestro ser.

Al demonio le salieron mal las cuentas en el paraíso. El mordisco a la fruta prohibida nos hizo pecar, pero, por la bondad de Dios, nos mereció un Redentor que el maldito Satanás no se esperaba.

Dios, hecho hombre por nosotros, se hace después comida nuestra, y, al comerlo, nos transforma totalmente en Dios.

Y ahora, sí. Ahora es una realidad aquello del *seréis como dioses*. El *¡Come!* del demonio en el paraíso nos trajo la muerte. El *¡Tomad, comed!* de Jesucristo nos trae la vida.

Hemos comido el fruto del árbol de la vida, por el cual llegamos a ser inmortales, después de haber llegado a ser como Dios...

Es lo del himno de la Liturgia, escuchado tantas veces en la Iglesia después de recibir la Comunión:

- *El alma se llena de la Gracia de Dios y se nos da la prenda de la gloria futura.*

Aquí nos encontramos con el misterio de la esplendidez de Dios y de la pequeñez moral del hombre. ¿Es posible tanta generosidad de Dios para darse, y tanta pereza del hombre para recibir el don de Dios?... Más. Ante la grandeza a que eleva Dios al hombre cuando viene a él, ¿cómo es que el hombre, soñador siempre de grandezas, no se afana por llenarse del Dios que se le da tan espléndidamente y lo eleva a las mayores alturas de la Divinidad?...

Nos vienen ganas de preguntarnos muy en serio: - *Señor, ¿por qué no seremos un poco más egoístas a lo divino?...*